

Biblio3WREVISTA BIBLIOGRÁFICA DE GEOGRAFÍA
Y CIENCIAS SOCIALES

Universidad de Barcelona.

ISSN: 1138-9796.

Depósito Legal: B. 21.742-98

Vol. XX, núm. 1.139

25 de noviembre de 2015



Redes de colaboración y economía alternativa para la resiliencia urbana: una agenda de investigación

Ricardo Méndez

Instituto de Economía, Geografía y Demografía CSIC

ricardo.mendez@cchs.csic.es

Redes de colaboración y economía alternativa para la resiliencia urbana: una agenda de investigación (Resumen)

La crisis del modelo de crecimiento de las últimas décadas ha hecho necesaria la búsqueda de nuevas estrategias y prácticas que promuevan una resiliencia urbana más inclusiva. Despiertan creciente interés un amplio y heterogéneo conjunto de redes colaborativas con objetivos transformadores, basadas en relaciones de reciprocidad y proximidad, que proponen alternativas a la economía dominante. El texto realiza una aproximación de carácter teórico a este tipo de iniciativas y prácticas, sus características, organización, actores y factores de su crecimiento actual. Analiza de forma extensa su organización espacial, así como su potencial para la revitalización económica y la innovación social en ciudades y barrios. Finaliza con una reflexión sobre sus limitaciones y su necesaria vinculación con las políticas públicas.

Palabras clave: Redes colaborativas, prácticas alternativas, economía solidaria, resiliencia urbana.

Collaborative networks and alternative economics for the urban resilience: a research agenda (Abstract)

The crisis of the model of growth over the last few decades has made necessary the search of new strategies and practices that promote a more inclusive urban resilience. Generate increasing interest a wide and heterogeneous set of collaborative networks with transformative objectives, based on relationships of reciprocity and proximity, offering alternatives to mainstream economy. The text proposes a theoretical approach to this type of initiatives and practices, their characteristics, organization, actors and factors of their current growth. Focuses on the spatial organization as well as its potential for economic revitalization and social innovation in cities and neighborhoods. Ends with a reflection on its limitations and its necessary connection with public policies.

Key words: Collaborative networks, alternative practices, solidarity economy, urban resilience.

**Este artículo se relaciona con los proyectos de investigación sobre *Efectos socioterritoriales de la crisis económica en las áreas urbanas de España. Políticas públicas y estrategias de resiliencia* (CSO2012-3617) y *Espacios y prácticas económicas alternativas para la construcción de la resiliencia en las ciudades españolas* (CSO2015-65452). Plan Nacional de I+D+i, Ministerio de Economía y Competitividad.

Recibido: 29 de septiembre de 2015

Aceptado: 14 de octubre de 2015

“La envergadura de la reciente crisis financiera, el declive de la participación democrática, las desigualdades crecientes en los planos social y territorial, así como la exclusión de poblaciones enteras de las redes que aseguran el desarrollo ponen en evidencia el fracaso de una concepción de la sociedad basada en un modelo de crecimiento que no considera la responsabilidad social ni el respeto al medio ambiente”

J.L. Klein y M. Roy: *Pour une nouvelle mondialisation. Le défi d'innover.*

Los efectos provocados por la crisis económica y, más tarde, por las respuestas dadas a la misma en forma de medidas de austeridad fiscal y reformas estructurales de inspiración neoliberal, han afectado profundamente a las áreas urbanas españolas desde una doble perspectiva. Por un lado, han provocado un deterioro de la calidad de vida para buena parte de su población, con un aumento de diversas formas de desigualdad que se acentúa por la progresiva ausencia del Estado en el cumplimiento de funciones destinadas a mantener la cohesión social. Por otro, han hecho necesaria la búsqueda de alternativas que permitan revertir la situación, lo que incluye revitalizar la actividad económica para generar empleo suficiente, regenerar el tejido social y atender las necesidades urgentes de los más vulnerables, además de promover una nueva cultura del territorio que evite reincidir en procesos de urbanización depredadores como los padecidos. En esa búsqueda de soluciones cobra creciente protagonismo una movilización ciudadana que a las acciones de resistencia frente al injusto reparto de los costes de la crisis suma otras que plantean vías de salida diferentes a las promovidas por un modelo de crecimiento que se ha demostrado insostenible a medio plazo.

Resulta, por tanto, de creciente interés conocer mejor un amplio conjunto de actividades y prácticas económicas que, si bien tienen a menudo larga tradición, se han reactivado en los últimos años. Pese a su heterogeneidad, presentan como rasgos comunes la propuesta de alternativas a las formas de producción, consumo, intercambio y financiación dominantes, junto al desarrollo de redes de colaboración entre pares como clave para su funcionamiento. No obstante, quien pretenda un mejor conocimiento de su verdadera importancia, objetivos, organización interna, funcionamiento o resultados se enfrenta a varios obstáculos iniciales, que se suman a la ausencia de estadísticas oficiales para su medición y localización.

El primero es la proliferación de conceptos relacionados con estas actividades y que, desde el más conocido y tradicional de economía social, incluyen los de economía colaborativa, economía solidaria, economía alternativa, economía comunitaria, o economía del bien común, pues si bien se trata de nociones originariamente diferentes, las definiciones y delimitaciones con que se utilizan no son homogéneas y provocan cierta confusión inicial. A eso se añade que buena parte de las publicaciones sobre estas actividades surgen en el seno de las propias organizaciones, redes o fundaciones que las promueven y resultan escasos los estudios empíricos realizados, así como la atención prestada hasta el momento por las revistas científicas especializadas. Finalmente, su dimensión espacial -que puede incluir desde la forma y escala de las redes hasta su desigual localización e inserción en el tejido urbano o los efectos provocados en su entorno (resignificación de barrios o calles, densificación de relaciones de proximidad, impulso o freno a procesos de gentrificación, etc.)- apenas ha sido investigada hasta el momento.

Con este contexto, el objetivo central del artículo es doble. Por un lado, visibilizar un conjunto de iniciativas cada vez más numerosas, pero demasiado diversas y dispersas como para justificar su tradicional consideración como marginales, que emergen como temática de

investigación relevante a la que los geógrafos pueden hacer aportaciones. Por otro, promover una reflexión teórica sobre el significado actual de estas prácticas y de su expansión reciente en las áreas urbanas, las características de los actores implicados, su organización y funcionamiento, el tipo de redes a que dan lugar, su desigual distribución en el interior de las ciudades, así como discutir su capacidad para convertirse en uno de los motores que ayude a impulsar una resiliencia urbana inclusiva.

Para ello, el punto de partida ha sido una amplia revisión bibliográfica que incluye desde artículos en revistas académicas a libros de divulgación, informes oficiales o documentos accesibles en webs y blogs de organizaciones implicadas en esta economía *diferente*. No obstante, para evitar una simple enumeración y caracterización de los mencionados conceptos, aquí se propone centrar la atención en aquellas actividades y prácticas que se han considerado de especial interés para el desarrollo local por la escala de las relaciones que promueven y su impacto directo en ciudades y barrios. De este modo, el primer apartado del texto precisa los criterios utilizados para su identificación y las posibles claves de su expansión reciente, mientras el siguiente considera la diversidad de actores implicados. El tercero aborda con cierta amplitud la dimensión geográfica de estas prácticas y el cuarto comenta su posible aportación a la resiliencia de las ciudades tras la crisis y sus actuales limitaciones. El artículo finaliza con algunas reflexiones sobre su significado en el actual contexto socioeconómico y las dificultades de coordinación con las políticas promovidas desde el sector público, uno de los retos a enfrentar en el futuro próximo.

Alternativas económicas para un nuevo desarrollo urbano

Hace ahora cuatro décadas la crisis del modelo de acumulación basado en la producción en serie y las formas de organización fordistas, junto un modo de regulación keynesiano que defendía cierta intervención pública para compensar las limitaciones del mercado, puso en marcha un conjunto de transformaciones que inauguraron una nueva fase en la larga historia del capitalismo. A la creciente hegemonía del capital y la lógica financiera sobre el conjunto de la economía se sumó una progresiva globalización de procesos y mercados apoyada en la revolución de las tecnologías digitales y en la imposición de un modo de regulación neoliberal que definió una nueva racionalidad hegemónica¹.

Eso supuso el triunfo de una ideología y un intervencionismo estatal orientado a imponer diferentes políticas pro-mercado. Pero también de un orden social, junto a normas y prácticas que impregnan múltiples aspectos de nuestra vida individual y colectiva, promoviendo tanto en la economía como en la sociedad y las instituciones la lógica de la competencia como fundamento, la organización empresarial como modelo de funcionamiento y la maximización del beneficio y el crecimiento como fin último y prioritario de su acción². Si la apertura y ampliación de todo tipo de mercados acentuó los procesos de centralización del capital, concentración empresarial y división espacial del trabajo a diferentes escalas, la desregulación y el debilitamiento de la función asistencial del Estado multiplicaron los riesgos e intensificaron las desigualdades socioespaciales. Se difundió así un *mantra civilizatorio*³ según el cual bienestar es sinónimo de progreso, este de desarrollo y la clave de este último es el crecimiento económico, lo que acentúa la mercantilización de la vida cotidiana.

¹ Laval y Dardot, 2013

² Harvey, 2007; Duménil y Lévy, 2014

³ Fernández Casadevante, 2014

La creciente vulnerabilidad de ciertos sectores sociales y territorios, así como la oposición de ciertos grupos al modelo de globalización imperante y al deterioro ambiental derivado, abrió posibilidades para el (re)surgimiento de prácticas heterodoxas respecto al *mainstream* económico. No obstante, esas prácticas quedaron por lo general circunscritas a núcleos reducidos y altamente movilizados frente al sistema que, salvo en casos aislados como los de los *local exchange trade systems* (LETS) o comunidades locales de intercambio mediante trueque⁴, junto a las experiencias de economía social en Europa⁵ o de economía popular y de solidaridad en Latinoamérica⁶, suscitaron escasa atención entre los investigadores en ciencias sociales.

La crisis financiera e inmobiliaria iniciada en 2007, junto a la posterior crisis de la deuda soberana y su respuesta en la Unión Europea con medidas de ajuste fiscal que han sumido a sus países miembros en una *era de austeridad*, suponen un nuevo contexto desde una doble perspectiva. De una parte, se amplía la base social de malestar y descontento con el sistema, que a la resistencia añade la puesta en marcha de acciones que promueven alternativas que algunos califican de *post-materialistas* y a menudo están próximas a la cultura del *decrecimiento*, con su rechazo de la lógica productivista y mercantil como “condición necesaria para la descolonización del imaginario dominante”⁷ Al mismo tiempo, muchos otros se incorporan a estas prácticas como estrategia de supervivencia, ante la imposibilidad de mantener sus niveles de consumo anteriores en el contexto de elevado desempleo, precarización laboral y empobrecimiento que conlleva esta *salida de la crisis* que parece imponerse. En consecuencia, las iniciativas y prácticas que pueden calificarse de alternativas crecen y se hacen más visibles ante la confluencia de la voluntad de unos por promover otros modos de vida y la necesidad de otros, expulsados de una economía progresivamente excluyente. Tal como se afirma tras una amplia investigación realizada en Cataluña, se trata a menudo de “viejas prácticas que persisten a lo largo de la historia, en un nuevo contexto, el de la crisis global en la era de internet”⁸.

Si algo puede definir ese amplio conjunto que suscita un creciente interés mediático y da origen a una bibliografía emergente es, sobre todo, una diversidad y atomización que dificultan su delimitación, a lo que tampoco ayuda su invisibilidad para las clasificaciones oficiales de actividades. Así, por ejemplo, si se atiende a su objeto, encontramos tanto algunas orientadas a la producción de bienes o servicios como otras a su intercambio y consumo, o a la financiación de actividades. Respecto a sus fines, existen iniciativas mercantiles que buscan *nichos de mercado* específicos no bien cubiertos por la economía convencional, sin cuestionar en absoluto sus fundamentos, mientras otras excluyen el lucro como justificación de la actividad o proponen circuitos económicos paralelos a los hegemónicos⁹. En cuanto a la escala, proliferan las pequeñas iniciativas locales participadas por individuos o microempresas que comparten un mismo territorio, pero las plataformas digitales han permitido ampliar mercados y generar redes internacionales, gestionadas a menudo por firmas comerciales de dimensión considerable como *Uber*, *Carpooling* o *BlaBlaCar* en el ámbito de la movilidad, *AirBnB* o *Couchsurfing* en el del alojamiento, *Wallapop* o *eBay* en el

⁴ Lang, 1994; Pacione, 1997

⁵ Favreau, 2003

⁶ Razeto, 1997; Coraggio, 1998

⁷ Latouche y Harpagès, 2011, p.69

⁸ Conill *et al.*, 2012, p. 232

⁹ Gibson-Graham, 2008

intercambio de bienes, *FabLab* en el trabajo conjunto, *Verkami* o *Kickstarter* en la microfinanciación, etc.

En ese denso bosque de actividades resulta difícil orientarse si no se transita por él con un objetivo bien definido, como es en este caso su mayor capacidad para promover el desarrollo urbano y la resiliencia tras una crisis. Eso permite seleccionar aquellas que mejor pueden relacionarse con esa finalidad por tener mayor inserción local y favorecer la generación de capital relacional, dejando de lado otras cuyo significado a estos efectos resulta menos evidente. Con ese argumento, se proponen cinco criterios básicos (figura 1) que se interrelacionan a partir de la perspectiva integradora que ofrece la ciudad y permiten alcanzar una identificación de los tipos de prácticas que merecerían mayor atención entre quienes investigan e intervienen sobre las áreas urbanas.

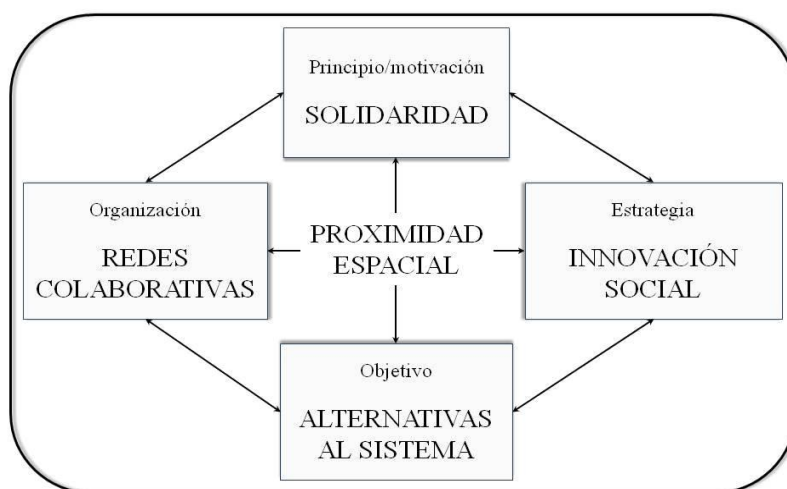


Figura 1. Prácticas alternativas y desarrollo urbano: criterios de selección.

Fuente: Elaboración propia.

En primer lugar, suponen la construcción de **redes de colaboración** -ya sea entre individuos, empresas o entidades sociales- como forma de organización, aspecto destacado por la literatura reciente sobre *economía colaborativa* o *sharing economy*¹⁰. Entre sus integrantes se comparten bienes y/o servicios, pero también información y conocimiento, lo que supone establecer una interacción entre productores, entre consumidores o entre ambos, que permite acumular capital social. Tal como han destacado los enfoques relacionales¹¹, los recursos y capacidades de un territorio no constituyen un stock dado sino que pueden activarse y generarse otros nuevos como resultado del trabajo en común que se realiza en esas redes. De ahí la importancia concedida a lo que Razeto¹² denominó como *factor C*: cooperación en el trabajo que aumenta la eficiencia colectiva; uso compartido de conocimientos que favorece la creatividad social; adopción colectiva de decisiones como impulso a una democracia más participativa.

Esa colaboración no sólo se basa en la búsqueda de externalidades que puedan resultar de interés mutuo en términos competitivos, sino que sus integrantes defienden un principio ético de **solidaridad** que fundamenta una acción con objetivos transformadores, tal como plantean

¹⁰ Pueden citarse los trabajos de Gold, 2004; Bauwens (ed), 2012; John, 2013; Erving, 2014; Schor, 2014a; Valor (ed), 2014, o Cañigüeral, 2014

¹¹ Sunley, 2008

¹² Razeto, 1997

las propuestas sobre *economía social y solidaria*¹³. Ese discurso supone defender una economía con valores en que la justicia social y espacial¹⁴ o la sostenibilidad primen sobre la maximización del beneficio y la acumulación, la cooperación sobre la competencia entre desiguales, el trabajo sobre el capital, o la responsabilidad compartida sobre la centralización del poder de decisión, aspectos clave para avanzar hacia un desarrollo local más integrador. En otras palabras, si ya Polanyi¹⁵ planteó que los tres pilares de la economía eran el mercado, la redistribución –realizada principalmente por el Estado- y la reciprocidad en el seno de la sociedad civil, estas prácticas inciden, sobre todo, en este último, por lo que a su dimensión mercantil añaden otra ajena a la racionalidad instrumental y la lógica del mercado¹⁶. Aunque la incorporación de este tipo de *racionalidad liberadora* a prácticas concretas puede variar en intensidad y forma, lo que exige valorarlas en su contexto espacio-temporal¹⁷ lo destacable será la permanencia de este horizonte en donde la solidaridad se entiende como un proceso en construcción, sometido siempre a una evaluación crítica.

Este conjunto de iniciativas y prácticas plantean una estrategia que puede calificarse de innovadora, al movilizar a diferentes actores en la búsqueda de nuevas respuestas para enfrentar dificultades y retos existentes, cuyo origen puede ser lejano o vincularse al impacto de la crisis y las políticas de austeridad. En algunos casos suponen innovaciones en el plano económico, al generar nuevos productos y servicios o ampliar el ciclo de vida de los existentes, proponer hábitos de consumo alternativos o formas diferentes de organizar la actividad. Pero aportan, sobre todo, **innovaciones sociales** en cuanto acciones colectivas que conllevan cierto grado de imaginación y creatividad para impulsar el cambio social y el empoderamiento personal o comunitario, lo que las vincula a la bibliografía sobre innovación social y desarrollo territorial¹⁸. El contexto de colaboración y trabajo en común genera un ambiente favorable para activar los conocimientos, capacidades y recursos de los actores implicados que pueden sustentar procesos de aprendizaje colectivo. Pero también para dar origen a culturas de innovación específicas en donde los nuevos comportamientos pueden surgir y retroalimentarse en procesos de carácter acumulativo. Sólo quienes interpretan la crisis como un paréntesis no considerarán la necesidad de buscar nuevas soluciones para el futuro de las economías urbanas y, en ese sentido, estas prácticas pueden suponer una vía a explorar en el esfuerzo por construir ciudades más innovadoras.

Un último requisito para seleccionar actividades y prácticas que respondan a criterios definidos ha sido considerar aquellas que se plantean como fin último la búsqueda de **alternativas**. Sin duda el de *alternativo* es uno de esos conceptos *borrosos* de amplia utilización pero significados diversos, que Etxezarreta¹⁹ sintetiza en dos principales: “puede transmitir la idea de una manera diferente de hacer las cosas –consumo alternativo, banca alternativa, fiscalidad alternativa- o también puede significar algo totalmente diferente de lo que ya existía”, por lo que exige algunas precisiones. Aceptada la idea de que el concepto de economía alternativa es “altamente inestable y relacional”²⁰ aquí se han incluido, por un lado,

¹³ Entre los textos más destacados están los de Miller, 2005; Laville, 2007; Pérez de Mendiguren *et al.*, 2008; Laville y García Jané, 2010; Crespo y Sabin, 2014; Loh y Shear, 2015

¹⁴ Soja, 2015

¹⁵ Polanyi, 1989

¹⁶ López Córdova y Marañón, 2013

¹⁷ Miller, 2010

¹⁸ Entre otros, Drewe, Klein y Hulsbergen dirs., 2008; Salom y Albertos eds., 2009; Moulaert *et al.*, 2010; Klein y Roy dirs., 2013; Oosterlynck *et al.*, 2013

¹⁹ Etxezarreta, 2014, p.11

²⁰ Leyshon, Lee y Williams, 2003, p. 17

aquellas prácticas que pretenden situarse en oposición a la lógica capitalista y que conllevan una importante carga ideológica materializada en acciones concretas. Pero también aquellas otras –por lo general más numerosas– que transitan por las márgenes del sistema en su versión actual, proponiendo formas de producir, consumir, intercambiar y financiar distintas a las dominantes, que también son portadoras de un nuevo sentido. En ambos casos, así como en las frecuentes situaciones de hibridación o mezcla que se observan en la realidad, prevalece la propuesta de que otro desarrollo es posible, idea que enlaza con los estudios y propuestas realizados en la última década por la llamada *economía alternativa*²¹.

No obstante, a esos cuatro criterios se ha añadido el de **proximidad espacial** entre los actores, vinculado al objetivo de considerar estas prácticas desde la perspectiva del desarrollo urbano. Existen numerosas actividades y prácticas que reúnen las características anteriores y utilizan las redes digitales para conectar actores que pueden localizarse en lugares múltiples y muy alejados, pero que colaboran de forma creativa, con objetivos solidarios y planteando respuestas alternativas, como, por ejemplo, la banca ética, el comercio justo o el micromecenazgo. Pero la propuesta que aquí se realiza centra su atención tan sólo en aquellas otras realizadas por actores que, al tiempo que realizan una actividad determinada, contribuyen a (re)construir un *lugar* concreto como espacio compartido por una colectividad que lo reconoce como propio y propicio para la convivencia²², densificando su tejido socioeconómico.

Con esos cinco criterios de selección puede ya esbozarse una tipología de actividades y prácticas a investigar estudiar en diferentes ciudades y de forma sistemática, aunque se trata de una propuesta provisional y que exige ciertas aclaraciones iniciales (figura 2). En primer lugar, su elaboración se ha basado en una selección a partir de la bibliografía existente, que habitualmente centra su atención en un solo criterio y que tan sólo cuenta con estudios de suficiente entidad para el territorio catalán, tanto en el proyecto *Barris i Crisi*, coordinado en la Universitat Autònoma de Barcelona²³, como el realizado en la Universitat Oberta de Catalunya sobre *Cultures Econòmiques Alternatives*²⁴, o el llevado a cabo por el Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (IGOP) de la Universidad Autónoma de Barcelona sobre *Bancos de tiempo, redes de intercambio y cooperativas de consumo agroecológico en Barcelona*²⁵. Al mismo tiempo, dentro de una misma actividad pueden coexistir experiencias concretas donde los valores éticos y la búsqueda de alternativas son evidentes en su práctica cotidiana con otras parcial o totalmente integradas en los mecanismos del mercado, existiendo una gradación que sólo se hará evidente en la propia investigación.

Si se organizan por el tipo de función predominante que cumplen dentro del circuito económico pueden identificarse cuatro tipos básicos. Están, en primer lugar, las vinculadas con la producción de bienes o servicios, lo que puede incluir diversos tipos de cooperativas, en especial las de trabajo asociado, junto a redes de pequeños productores, huertos comunitarios urbanos, empresas de economía social, espacios de trabajo en común o *coworking*, etc. Un segundo grupo se relaciona con el intercambio, incluyendo bancos de tiempo, bancos de semillas, redes de trueque, mercados de productores de proximidad, o

²¹ Leyshon, Lee y Williams, 2003; Healey, 2009; Conill *et al.*, 2012 y 2013; Askunze, 2013; Callejón coord., 2014

²² Sack, 1997

²³ Puede encontrarse información en <<https://barrisicrisi.wordpress.com/category/mapa-innovacio-social/>>

²⁴ Conill *et al.*, 2012

²⁵ Ubasart, 2013

mercados de reciclaje. Un tercer grupo, el más numeroso, se relaciona con ciertas formas de consumo colaborativo, incluyendo grupos de consumo agroecológico, cooperativas de consumo, algunas redes de movilidad compartida como los coches de barrio, los centros sociales, así como diversas formas de educación P2P (*peer to peer*), cooperativas culturales o viviendas colectivas, entre otras. Un último grupo incluye aquellas finanzas alternativas con anclaje territorial como las monedas sociales o las cooperativas locales de crédito.

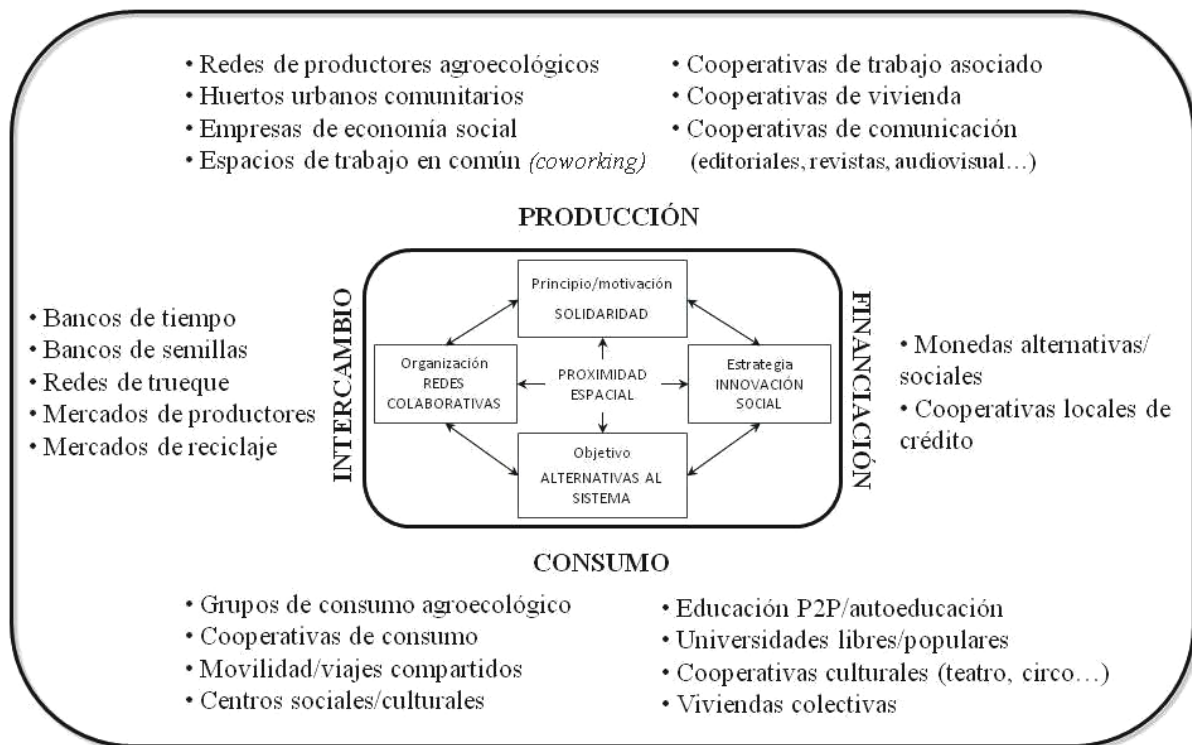


Figura 2. Tipología de actividades y prácticas alternativas para el desarrollo urbano.

Fuente: Elaboración propia.

Investigar cada una de ellas en diferentes ciudades permitirá contrastar hasta qué punto este tipo de prácticas contribuyen a conformar “una economía de pequeña escala, más local, basada en intercambios entre pares, que fomenta la recirculación de bienes y la reutilización de activos y que persigue crear lazos sociales más estrechos”²⁶. Pueden apuntarse algunas características que surgen del limitado conocimiento disponible.

La incorporación de nuevos actores para las economías urbanas

Ingrediente esencial en la comprensión de los procesos urbanos y de la organización espacial a que dan lugar es el análisis de los actores presentes en el territorio, sus características, motivaciones y formas de acción²⁷. En ese sentido, un primer rasgo a destacar de este vasto y diverso conjunto de actividades es el protagonismo que adquieren una serie de actores habitualmente excluidos o de escasa relevancia en los circuitos económicos convencionales. En bastantes casos se trata de individuos que participan como productores autónomos o consumidores, pero en otros están presentes micro y pequeñas empresas, cooperativas, organizaciones sociales del *tercer sector*, etc., mientras quedan al margen las grandes

²⁶ Schor, 2014b, p. 10

²⁷ Gumuchian *et al.*, 2003

empresas y grupos económicos, así como las empresas públicas. Aunque su escasa dimensión en cuanto al nivel de inversión o el volumen de actividad que generan dentro del conjunto de las economías urbanas los ha hecho a menudo poco visibles en términos cuantitativos, su verdadero significado actual y la creciente atención que se les presta se relaciona con su carácter emergente, así como la frecuente incorporación de objetivos y valores específicos y diferenciados del resto. No obstante, en los pocos estudios disponibles también se constata una heterogeneidad bastante acusada en cuanto a sus objetivos y el grado de implicación con la búsqueda de alternativas.

Hace ya más de una década, Leyshon, Lee y Williams hablaron de la complementariedad entre prácticas que buscan la *oposición* al sistema, frente a otras que plantean su *sustitución* en aquellos segmentos no cubiertos por el mercado y, finalmente, algunas que sólo representan una *adición* o extensión de las prácticas convencionales. Eso puede relacionarse con la importancia, variable según tipo de actividad, lugar y tiempo, de actores que se incorporaron a estas prácticas por convicción, planteándose “objetivos más relacionales, trascendentes y de crecimiento personal”²⁸ frente a otros que lo hicieron, sobre todo, por necesidad y muestran menor implicación con motivaciones de carácter ético. Entre estos se encontrarían desde pequeños productores con dificultades de distribuir sus productos por los canales convencionales o que se orientan a *nichos de mercado* específicos, hasta clases medias empobrecidas que, al ver precarizadas sus condiciones de vida, deben modificar sus pautas de consumo, ya sea de forma transitoria o permanente.

Se produce así una frecuente coexistencia de los que Conill *et al.*²⁹ califican como actores *culturalmente transformadores* –implicados en la construcción de una nueva economía para una sociedad diferente- con *practicantes alternativos* –incorporados de forma circunstancial- y actores *culturalmente adaptados* –ajenos a estas prácticas- lo que supone una complejidad superior a la que presuponen algunos discursos. En expresión de García Jané³⁰, mientras unos buscan “salir de la crisis del capitalismo”, otros pretenden tan sólo “salir del capitalismo en crisis”. Esa frecuente hibridación supone un importante aspecto a investigar en cada caso, pues se relaciona a menudo con la mayor o menor diversidad social del grupo, el carácter más o menos alternativo de su comportamiento, o la posible existencia de tensiones internas en su seno. También puede afectar la previsible persistencia o debilitamiento de estas prácticas en coyunturas económicas distintas de la actual y, por tanto, su verdadero significado para el futuro de las economías urbanas.

Merece especial atención el primero de esos grupos, cuyos integrantes consideran que tanto en su trabajo como en su consumo están implícitos objetivos políticos orientados hacia una efectiva transformación de la sociedad a partir de cambios que se introducen en la vida cotidiana³¹. Las investigaciones realizadas son aún demasiado escasas como para pretender una caracterización precisa de quienes integran esos sectores más movilizados, aunque parece destacarse la presencia de “colectivos de las vanguardias sociales, muchos de ellos cualificados y al tiempo en riesgo de exclusión social, como ocurre con la mayoría de jóvenes que se implican en estos movimientos”³², que incluso ya se conocían al formar parte de otro tipo de redes, por lo que esta actividad económica se entiende como parte de su compromiso

²⁸ Valor, 2014, p. 4

²⁹ Conill et al., 2013, p. 302

³⁰ García Jané, 2013, p. 187

³¹ Micheletti, 2009

³² Llobera, 2013, p. 183

militante. La prioridad concedida al valor de uso de los bienes y servicios, el deseo de densificar los lazos sociales, la provisión de bienes y servicios básicos a grupos desfavorecidos, o la reducción de la movilidad forzada, son algunas claves de sus discursos y sus acciones. Al mismo tiempo, la frecuente preocupación por la sostenibilidad ambiental de la actividad económica, la cohesión socioespacial, el anclaje al territorio y la puesta en valor de los recursos y capacidades locales introducen una dimensión geográfica que merece una reflexión más precisa y pormenorizada.

La dimensión espacial de la economía alternativa: una perspectiva geográfica

Tal como se ha hecho hasta ahora, los estudios sobre este tipo de actividades y prácticas suelen centrar su atención en identificar sus características y los principios en que se fundamentan, los diferentes tipos de actores que participan y su perfil, la estructura u organización interna, la forma en que gestionan sus recursos y los resultados obtenidos, ya sea en el plano económico como en el social, junto a los problemas de viabilidad a que con frecuencia se enfrentan. Su dimensión espacial suele, en cambio, ser ignorada o limitada a alusiones puntuales relativas a la localización de determinadas iniciativas. Frente a este frecuente olvido, aquí se considera que una atención explícita a su espacialidad puede aportar un componente no banal para su análisis y valoración por varias razones que se complementan, resumidas en tres líneas de investigación prioritarias.

Ambientes y lugares: los diversos significados de la proximidad

Todas las actividades enumeradas surgen en determinados lugares y momentos por razones no casuales y son esas características del *ambiente* local –económicas, sociales, culturales, políticas, institucionales– las que alimentan o frenan luego su desarrollo y difusión. En ese sentido, tal como afirmó North³³, “cuando se intenta la construcción de prácticas no capitalistas, la escala importa”. Eso exige una breve reflexión sobre el sentido del lugar, la transescalaridad o los diversos significados de la proximidad, debates de amplio recorrido en los estudios territoriales que aquí limitaremos a su incidencia sobre la temática abordada.

No puede ignorarse la transescalaridad presente hoy en muchas de las interrelaciones y flujos –materiales e inmateriales– que se tejen en un mundo inmerso en un proceso de globalización que condiciona de forma progresiva nuestra vida personal y como sociedad³⁴. Pero esa evidencia no puede conllevar la miopía de ignorar tampoco la paralela importancia –permanente y en ciertos aspectos creciente– del lugar “como centro de significado, memoria e identidad”³⁵. Así, lo publicado hasta el momento sobre estas prácticas muestra que tienden a concentrarse en determinados lugares, a menudo a partir de iniciativas ciudadanas que buscan dar respuesta a necesidades concretas, ancladas por tanto en contextos específicos, y en ellas predominan los vínculos de radio corto que permiten contactos cara a cara, al menos periódicos. Eso nos recuerda que en todo lugar se tejen múltiples formas de conexión y se alimentan identidades particulares, por lo que “existe un *efecto de lugar* que orienta la acción

³³ North, 2005, p. 221

³⁴ Brenner, 2001

³⁵ Malpas, 2015, p. 206

de los actores”³⁶. Ese efecto no es algo inherente al propio territorio sino que, por el contrario, es en buena medida una construcción social que en algunos casos puede ser fuente de conflictos que obstaculicen la colaboración. Pero en otros, en cambio, ese conocimiento y reconocimiento mutuo es clave para generar relaciones de confianza y ser el elemento de cohesión necesario para abordar un proyecto colectivo a partir de ciertas convenciones compartidas.

No obstante, ningún lugar existe hoy sino en relación con otros, conectado con múltiples territorios a diferentes escalas. Afirmar, por tanto, el carácter localizado de estas prácticas en ciudades o barrios determinados no ignora tanto su posible relación con otros entornos más o menos cercanos como su sometimiento a influencias externas. Entre ellas se cuentan tanto los procesos estructurales inherentes al desarrollo capitalista y a la evolución tecnológica, como las políticas derivadas de la acción del Estado, o la presión de los grandes grupos financieros, industriales y de distribución, interesados a veces en incorporar algunos elementos concretos de esta economía alternativa a sus áreas de negocio. En consecuencia, afirmar que estamos en presencia de una *economía de proximidad* capaz de generar *capital social de proximidad* exige realizar algunas precisiones sobre ese concepto.

Tal como mostraron los estudios sobre dinámicas de proximidad³⁷, se trata de un concepto plural con diferentes significados. Existe una *proximidad organizativa*, entre actores que participan en tareas comunes dentro de una misma organización o entre varias relacionadas, así como una *proximidad institucional* entre quienes comparten normas y valores, pautas culturales o códigos de comportamiento. Boschma³⁸ añadió a estas la *proximidad cognitiva*, entre quienes comparten una base común de conocimientos que facilita el aprendizaje, y la *proximidad social*, entre individuos vinculados con estatus social, relaciones de amistad, parentesco o experiencias en común. Los actores implicados en redes de colaboración con fines alternativos muestran de forma habitual los dos primeros tipos de proximidad y de forma circunstancial los otros dos, cualquiera que sea la distancia física que les separa, al estar conectados y colaborar en acciones planteadas con objetivos comunes.

Pero en algunos casos –que son los aquí considerados desde la perspectiva del desarrollo urbano- a estas se suma también la *proximidad geográfica* y, tal como plantearon en su día los *modelos territoriales de innovación*³⁹ esa concentración facilita la transmisión del conocimiento tácito y no codificable, basado en la experiencia, así como la generación de relaciones de confianza y compromiso, base para aportar mayor estabilidad y cohesión a esas redes. Aunque en aquellas otras donde sus miembros interactúan a través de plataformas digitales suelen generarse mecanismos para valorar la reputación de cada uno de ellos y reducir así la desconfianza, la fiabilidad que otorga el conocimiento directo no es comparable. Puede afirmarse por ello que ese tipo de red “está estrechamente ligada al desarrollo local porque surge desde el territorio, de sus gentes y sus organizaciones, está enraizada en el territorio, utiliza los recursos endógenos y fomenta las capacidades locales para la creación de un entorno innovador”⁴⁰.

³⁶ Fontan, Klein y Tremblay, 2005, p. 55

³⁷ Gilly y Torre dirs., 2000; Pecqueur y Zimmermann dirs., 2004

³⁸ Boschma, 2005

³⁹ Moulaert y Sekia, 2003

⁴⁰ Guridi y Pérez de Mendiguren, 2014, p. 56

Estructura y forma de las redes colaborativas, ¿hacia relaciones más horizontales?

Tal como ya se ha señalado, la estructura organizativa asociada a estas prácticas es la red, cuyos integrantes mantienen relaciones de reciprocidad generalmente densas y frecuentes, que permiten acumular capital relacional y favorecen también la aparición de *culturas de pertenencia en red*⁴¹, frente al individualismo –a menudo altamente conectado mediante tecnologías digitales– que propicia la globalización neoliberal. El tamaño, forma y desarrollo de estas redes condicionan su funcionamiento y posibles resultados, por lo que son dimensiones espaciales que también merecen algún comentario.

En primer lugar, en las experiencias conocidas predominan las relaciones de carácter informal, sin vínculos contractuales entre sus participantes o limitados a acuerdos concretos para asegurar, por ejemplo, el compromiso de abastecimiento por parte de los productores o de compra por parte de los consumidores durante un periodo determinado, el valor concedido a una moneda alternativa, a tareas específicas en bancos de tiempo, etc. Eso suele ir asociado al pequeño tamaño de la mayoría de esas redes, lo que facilita la relación directa entre sus miembros pero puede poner en riesgo su supervivencia si no se alcanza un umbral mínimo en cuanto al número de participantes, la densidad de los vínculos que tejen y la variedad de bienes/servicios que circulan en ellas, pues “el valor de una red crece exponencialmente con el incremento del número de sus nodos”⁴². En ese sentido, contrastar la eficacia en su funcionamiento o su capacidad de adaptación a cambios en el entorno con aquellas otras redes donde las relaciones están formalizadas mediante acuerdos estables puede aportar conclusiones de interés que permitan profundizar en el verdadero significado de estas experiencias y su posible incidencia en el futuro desarrollo urbano.

Al mismo tiempo, el objetivo declarado de esas redes es el predominio de relaciones horizontales, entre pares, sobre las de carácter vertical y jerárquico, lo que permite hablar de “una nueva lógica horizontal de intermediación”⁴³. Se constituyen así *comunidades de práctica* en donde el intercambio de información y conocimiento, así como el trabajo en común entre productores y/o consumidores, pueden propiciar la aparición de una *inteligencia compartida* que, además de potenciar la generación de innovaciones localizadas permitan satisfacer necesidades y generar procesos de empoderamiento entre sus participantes. Analizar, por tanto, la morfología de esas redes sociales constituirá un aspecto relevante para su diagnóstico y valoración. Dentro de las múltiples situaciones posibles, y a modo de ejemplo, si se centra la atención a aquellas prácticas que conectan a productores con consumidores o usuarios, son frecuentes las situaciones recogidas en el gráfico adjunto (figura 3), que reflejan diferentes fases en el desarrollo de los vínculos colaborativos.

El nivel inferior (A) corresponderá a aquellos casos en que se mantiene el predominio de relaciones verticales entre productores y consumidores mediadas por unos distribuidores que ponen en relación sus ofertas y demandas, lo que les otorga creciente centralidad y poder. Una primera posibilidad (B) de romper con este esquema y propiciar mayor interacción entre ambos, sin intermediarios, será el establecimiento de vínculos directos de carácter individual entre algunos productores y consumidores (tiendas de venta directa, mercados de productores, venta domiciliaria...). No obstante, las prácticas colaborativas cobran verdadera importancia

⁴¹ Cardoso y Jacobetty, 2013

⁴² Conill *et al.*, 2013, p. 308

⁴³ Bauwens (dir), 2012, p. 21

cuando productores y/o consumidores se agrupan de forma cooperativa y coordinada, estableciendo a partir de ahí sus interrelaciones (C), lo que incrementa la conectividad de la red y fortalece vínculos más estables entre sus integrantes. Un paso más allá –aunque menos frecuente– será aquel en que los propios consumidores o usuarios participen en las tareas de producción (*prosumo*), lo que puede relacionarse en unos casos con la sustitución del pago de esos bienes y servicios por la aportación de trabajo y en otros con la búsqueda de mayor implicación y compromiso colectivo (D).

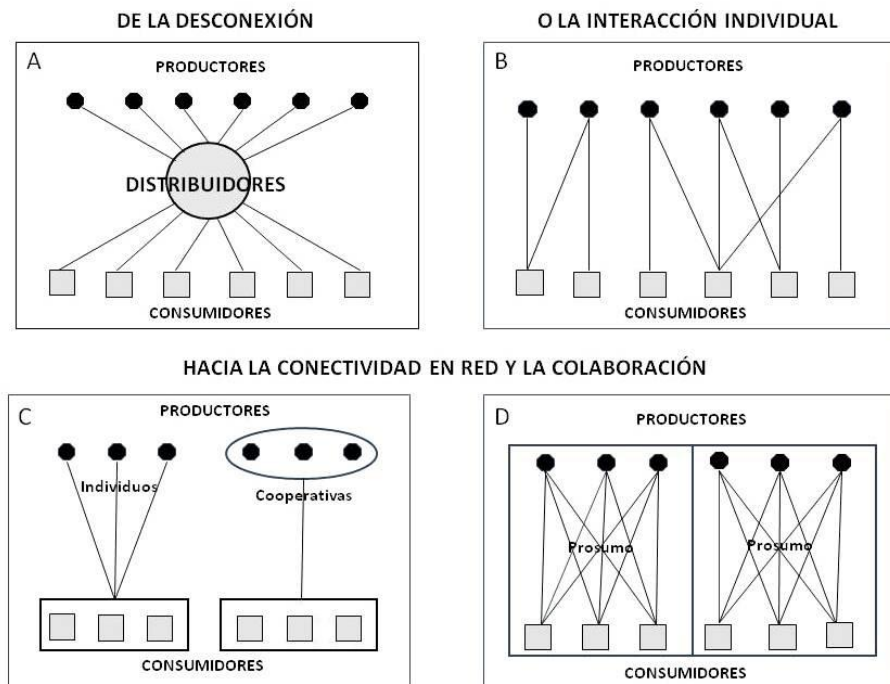


Figura 3. Redes económicas colaborativas urbanas: la diversidad de morfologías Fuente: Elaboración propia.

Si se centra la atención en las prácticas vinculadas al consumo colaborativo es indudable que la tipología podrá ampliarse y un análisis cuantitativo y cualitativo de los vínculos introducirá mayor complejidad en la comprensión de su funcionamiento, pero en cualquier caso lo relevante es insistir en que la espacialidad de las redes y su evolución temporal resultan aspectos apenas abordados hasta ahora en la bibliografía existente y para los que la aportación geográfica puede ser relevante, lo mismo que al considerar la relación de estas prácticas con el entorno en que surgen.

Una desigual inserción en el tejido urbano

Aún cuando algunas de las prácticas aquí consideradas persistieron en determinadas áreas rurales donde el proceso de mercantilización se difundió de forma lenta, en la actualidad parecen haberse convertido, paradójicamente, en patrimonio urbano. Si bien los mapas que reflejan su distribución son por el momento muy escasos e incompletos, sí apuntan una mayor presencia en grandes ciudades y núcleos metropolitanos frente a su relativa invisibilidad en otras de menor tamaño o en espacio rurales. No obstante, está por comprobar con estudios empíricos más numerosos y detallados en qué medida se trata de una ausencia efectiva o tan sólo de la escasa atención que se les ha prestado hasta el momento en ese tipo de territorios.

Un posible factor explicativo de esa aparente concentración espacial puede ser su vinculación con otras formas de movilización social que se han multiplicado en estos últimos años. Tal como señala Belil⁴⁴, “es en las ciudades donde las resistencias locales toman forma, siempre contra un sistema y unas instituciones que no responden a las necesidades y deseos de sus ciudadanos”. En ese sentido, la vinculación de una parte de quienes participan en esta economía alternativa con los nuevos movimientos sociales urbanos, que suponen una reconquista de la ciudad y una emergencia de *políticas del lugar*⁴⁵ con objeto de romper la hegemonía neoliberal y enfrentar los costes sociales de la austeridad, abren una vía apenas explorada para desbordar la perspectiva socioeconómica en el análisis de estos fenómenos y debatir su relación con esas diversas formas de insurgencia ciudadana que caracterizan las calificadas por Harvey⁴⁶ como *ciudades rebeldes*.

También en relación con las clásicas preguntas geográficas del dónde y el por qué, tanto a escala intrametropolitana como en el interior de las grandes ciudades su presencia parece bastante desigual y ha suscitado ya algunas controversias. De este modo, lo mismo quienes las abordan desde una perspectiva de economía social como quienes lo hacen desde las experiencias latinoamericanas de economía popular, presuponen que la participación será más habitual entre los grupos sociales más vulnerables, que a menudo quedan excluidos del mercado por no constituir una demanda solvente. Eso justificaría una mayor densidad en aquellos sectores metropolitanos y barrios (desde áreas urbanas centrales deterioradas a espacios periféricos) que a la vulnerabilidad social de sus habitantes suman la residencial ligada a la escasa calidad del hábitat⁴⁷. Por el contrario, otros autores que se han aproximado a estas formas de economía alternativa desde la perspectiva de la innovación social afirman que “es más probable que surja en entornos urbanos progresistas y de clase media en lugar de en zonas urbanas más desfavorecidas... motivada por razones ideológicas o éticas”⁴⁸, lo que desplazaría su mayor presencia hacia otros sectores urbanos distintos a los anteriores. En ese sentido, cabe pensar en pautas de localización diferenciadas según el tipo de prácticas y de participantes implicados, con formas de inserción en el tejido urbano también diversas.

En este último aspecto, está también por investigar la capacidad de estas prácticas para incidir sobre su entorno e inducir procesos de transformación urbana. La dinamización económica y social en forma de ocupación de locales o generación de empleos, junto al refuerzo del asociacionismo y diversas formas de acción colectiva derivadas de ese incremento del capital social de proximidad ya mencionado pueden ser algunas de sus manifestaciones. Pero la creación de nuevas identidades para determinados enclaves urbanos (calles, plazas, barrios) con elevada presencia de estos fenómenos puede inducir en ocasiones procesos de *gentrificación*, al apropiarse el mercado inmobiliario de las plusvalías que supone la atracción de ciertos grupos profesionales de mayores ingresos por espacios que inicialmente mostraban un perfil social muy distinto. Casos como el del barrio de Lavapiés, en el centro de Madrid, se han convertido en referente para ese tipo de procesos de sustitución social⁴⁹.

⁴⁴ Belil, 2012, p. 12

⁴⁵ Janoschka y Mateos, 2015

⁴⁶ Harvey, 2013

⁴⁷ Alguacil, Camacho y Hernández Aja, 2014

⁴⁸ Blanco, Brugué y Cruz-Gallach, 2014, p. 8

⁴⁹ Sequera, 2013

¿Prácticas alternativas para una resiliencia urbana inclusiva?

Las ciudades españolas padecen desde hace años los negativos efectos de la *Gran Recesión* desencadenada en 2007-2008 y que tuvo a los sectores financiero e inmobiliario en su epicentro, agravados luego por las respuestas dadas a la misma en el seno de la Unión Europea desde mayo de 2010. El déficit en las cuentas del Estado que acompañó la caída de ingresos provocada por la crisis económica y el rescate de numerosas entidades financieras que convirtió una deuda privada en pública, pretendió también justificar la imposición de unas estrictas medidas de *austeridad fiscal* y un conjunto de *reformas estructurales* de inspiración neoliberal que provocaron una segunda recesión, el aumento de la precariedad, junto a la profundización de diversos tipos de asimetrías sociales y territoriales visibles a diferentes escalas, que apenas se atenúan con la débil recuperación del crecimiento económico a partir de 2014⁵⁰.

Las ciudades, en especial las que apostaron por una elevada exposición al riesgo debido a su elevada especialización en actividades inmobiliarias y servicios al consumo de baja productividad, han recibido con especial intensidad esos impactos, con una elevada concentración de sus costes en aquellos grupos sociales y sectores urbanos más vulnerables⁵¹. En ellas se superponen diferentes manifestaciones de lo ocurrido: crisis económica con desaparición de empresas, destrucción de empleo y elevadas tasas de paro de difícil absorción; crisis inmobiliaria, con paralización de la actividad constructiva y la compraventa de inmuebles, junto a la depreciación de la vivienda; crisis social, con aumento de las tasas de pobreza y exclusión, o ampliación de las desigualdades; crisis política, con elevado endeudamiento de muchas haciendas locales, cuestionamiento de los modelos empresariales de gestión urbana y de las malas prácticas que a menudo les acompañaron. Pero es también en las ciudades donde las acciones de resistencia, junto a la construcción de nuevas alternativas tanto políticas como económicas, han tenido mayor presencia y contribuyen hoy a esbozar nuevos escenarios de futuro que se hacen posibles por la acción colectiva de una ciudadanía progresivamente organizada. Es desde esa doble perspectiva como debe entenderse el significado de estas redes colaborativas que proponen una economía con valores para avanzar en una recuperación de las áreas urbanas tras la crisis, a la que puede identificarse con el concepto de *resiliencia*.

Se trata de uno de esos *conceptos nómadas*⁵², que transitan de unas disciplinas a otras, lo que le hace también controvertido por la diversidad de definiciones y usos que se le atribuyen. Sin entrar en un debate ajeno a este artículo, baste ahora recordar que se trata de un concepto vinculado en sus inicios a los estudios socio-ambientales⁵³ y psicológicos⁵⁴, que en los estudios geográficos se incorporó vinculado al análisis de riesgos naturales⁵⁵, para pasar luego al ámbito de la geografía económica⁵⁶ y urbana⁵⁷, siendo también frecuentes las revisiones críticas que se le han dedicado⁵⁸.

⁵⁰ Albertos y Sánchez Hernández (eds), 2014

⁵¹ Méndez, Abad y Echaves, 2015

⁵² Stengers, 1987

⁵³ Holling, 1973; Folke, 2006

⁵⁴ Forés y Grané, 2010

⁵⁵ Pelling, 2003

⁵⁶ Pike, Dawley y Tomaney, 2010; Martin, 2012

⁵⁷ Méndez, 2012

⁵⁸ Hassink, 2010; Weichselgartner y Kelman, 2014

La resiliencia urbana se entiende aquí como la capacidad de adaptación positiva que muestran algunas ciudades para enfrentar situaciones de crisis derivadas de acontecimientos o procesos externos, que se vieron reforzados por ciertas debilidades endógenas, para resurgir fortalecidas tras un proceso de transformación. Todas las ciudades son vulnerables en mayor o menor medida pero sólo será resiliente aquella que, tras padecer una crisis que cuestionó su anterior modelo de crecimiento, es capaz de iniciar una senda basada en estrategias capaces de asegurar su competitividad para generar empleo suficiente, mejorar la calidad de vida de sus habitantes y el grado de cohesión social, promover un urbanismo más sostenible y favorecer una democracia local más participativa. No se tratará, por tanto, de *absorber el impacto* y pretender una vuelta atrás, hacia una supuesta situación de equilibrio inexistente en la dinámica socioeconómica y territorial, sino de sustituir prácticas ineficientes o ajenas a los intereses de la mayoría de sus ciudadanos para aportar soluciones innovadoras y comprometidas con un objetivo de desarrollo que no lo supedite todo a criterios económicos dominados por la lógica financiera y el principio de competencia.

En esa lógica de transformación que incluye dimensiones múltiples, resulta también necesario prestar una creciente atención a las respuestas que desde la ciudadanía vienen vertebrándose como contestación a unas élites económicas dedicadas a la obtención de ganancias a cualquier precio, que buscan tener bajo control a unas élites políticas progresivamente alejadas de los problemas reales de la mayoría de la población⁵⁹. Entre ellas, la expansión de este tipo de prácticas permite considerarlas ya como uno de los elementos que puede contribuir, al menos, a la reflexión sobre futuros alternativos y al reforzamiento de iniciativas que contribuyan a construir ciudades más inclusivas y equilibradas.

Tal como sugiere Paddeu⁶⁰, para las ciudades el desarrollo de esas iniciativas puede aportar la creación de actividades y ocupaciones que la lógica competitiva del mercado no haría posibles, complementando y diversificando la economía local. En el plano social puede densificar las redes comunitarias, favorecer la integración de grupos en riesgo de exclusión y la interacción colaborativa en diferentes barrios, así como en la ciudad en su conjunto. En el plano político puede ser impulso a una ciudadanía más activa al animar diversas formas de participación no sólo reactivas sino proactivas. Al mismo tiempo, las prácticas alternativas también pueden suponer un freno al modelo hiperconsumista de las últimas décadas, que creció en paralelo a una creciente desigualdad en el acceso a los bienes y servicios y en un progresivo endeudamiento, con la consiguiente falta de racionalidad colectiva que suponen tales comportamientos. Si “necesitamos un consumidor que también ejerza activa y conscientemente de ciudadano para avanzar hacia modelos de producción, distribución y consumo más sostenibles en todos los sentidos”⁶¹, estas prácticas pueden contribuir en la medida que proponen respuestas colectivas a una lógica individualista, junto a un cambio de valores.

Defender, por tanto, la utilidad de estas prácticas como una de las vías para avanzar en una estrategia de resiliencia urbana no supone sustituir, en ningún caso, la responsabilidad del Estado y sus diferentes niveles de gobierno en la puesta en marcha de respuestas a la grave situación actual. Sí trata, en cambio, de conceder mayor protagonismo a una acción colectiva impulsada desde la sociedad civil que puede colaborar al desarrollo de actividades económicas sostenibles, socialmente responsables y generadoras de empleo, al reforzamiento

⁵⁹ Subirats, 2011

⁶⁰ Paddeu, 2012

⁶¹ Canal, 2013, p. 131

de comunidades locales más organizadas y solidarias, así como a frenar la exclusión de colectivos sociales en rápida expansión y el deterioro de determinados espacios urbanos.

Algunas reflexiones finales

Vivimos tiempos confusos, tal como corresponde a todas las fases de transición que suceden a las crisis estructurales del capitalismo, entendidas como momentos de ruptura con el orden precedente a los que sigue la lenta implantación de otro nuevo. Son tiempos en los que se ponen en cuestión formas de organización económica, social y política que no consiguen dar respuestas suficientes a problemas heredados del pasado reciente, lo que justifica una creciente atención hacia iniciativas y respuestas innovadoras que no por ello deben dejar de someterse a una evaluación crítica. La expansión de redes colaborativas que promueven una economía alternativa cobra sentido e interés en este contexto desde una doble perspectiva.

Por un lado, las devastadoras consecuencias sociales del *fundamentalismo de mercado* han impulsado, como respuesta, nuevas formas de movilización social y una mayor conciencia sobre la insostenibilidad de ese modelo, tanto ambiental como social o económicamente. Se activa así una ciudadanía organizada que defiende valores y prácticas alternativos a los dominantes, haciendo más frecuentes y visibles algunas formas de actividad que en el pasado reciente se consideraban como vestigios pre-mercantiles o patrimonio de grupos reducidos y muy movilizados en el plano ideológico. Pero, al mismo tiempo, la inequidad en la distribución de los costes de esta crisis extiende la relación de sus damnificados más allá de los grupos sociales tradicionalmente más frágiles para incorporar a clases medias urbanas empobrecidas por el desempleo, la reducción de ingresos y los recortes en servicios sociales, junto a jóvenes con alto nivel educativo pero graves dificultades para insertarse en el mercado laboral y acceder a un empleo digno y estable. Eso promueve cambios en los patrones de consumo, que no necesariamente responden a razones culturales sino a situaciones de precariedad que exigen aplicar estrategias de supervivencia. El consiguiente incremento que parecen registrar estas prácticas económicas suscita también un creciente interés por amplios sectores de la sociedad, medios de comunicación y mundo académico, que ya no las considera como fenómeno poco menos que anecdótico sino como uno de los posibles componentes de una futura economía urbana. No obstante, son aún bastante numerosas tanto sus debilidades internas como las amenazas externas que pueden frenar su difusión, por lo que identificarlas y hacerles frente para superarlas resultan otros tantos retos a afrontar.

En cuanto a las condiciones materiales en que se desarrollan, a menudo los recursos de que disponen los actores implicados son escasos, lo que plantea riesgos para la supervivencia a largo plazo de la iniciativa, las redes no alcanzan un tamaño suficiente para diversificar su oferta de bienes o servicios, y también se suscitan dudas sobre la calidad del empleo generado y su integración en el mercado de trabajo formal. En cuanto a aspectos inmateriales ligados al funcionamiento de estas redes, el riesgo de que aparezcan entre sus miembros conductas no cooperativas que reduzcan la confianza, junto a las limitaciones de una gestión interna no siempre profesionalizada son las debilidades más habituales. Lo mismo ocurre con el aún escaso conocimiento de su existencia que mantiene buena parte de la población y ciertas dificultades de incorporación para quienes no cuentan con una red previa de relaciones y, en algunos casos, un acceso habitual al entorno digital y las redes sociales.

También parece resultar frecuente cierta tensión entre la necesidad de alcanzar un tamaño suficiente y el riesgo de que un elevado éxito suponga la progresiva reproducción de

estrategias competitivas convencionales, ajenas al compromiso originario. Por eso a menudo, más que por extender las redes se aboga por una mayor colaboración entre las existentes para generar *economías políticas de escala*⁶² frente a una atomización excesiva, evitando así lo que North⁶³ considera redes “demasiado pequeñas, demasiado locales, demasiado efímeras, demasiado basadas en los limitados recursos de sus miembros”. Lograr cierto equilibrio que permita superar la irrelevancia sin llegar a perder su identidad es, sin duda, un objetivo complejo pero inevitable.

Por su parte, en relación con el entorno, está por ver en qué medida una mejora del contexto socioeconómico puede debilitar el compromiso de aquellos sectores que se incorporaron por razones de necesidad más que de convicción. También ha de enfrentarse la presión de los grupos económicos dominantes, refractarios a cualquier alternativa que amenace su poder, cuando no interesados en imitar algunas prácticas para integrarlas como parte de su negocio. Todo esto aconseja replantear la relación de estas iniciativas con las instituciones del Estado. Una relación hoy complicada, que combina la resistencia al control y la crítica de las prácticas políticas clientelares por parte de muchos de estos grupos con la escasa atención y apoyo prestados tradicionalmente por el sector público. La institucionalización de algunas plataformas ciudadanas y partidos políticos afines a estas propuestas alternativas en las elecciones locales y autonómicas de mayo de 2015 supone un nuevo contexto que debería propiciar una reflexión conjunta para replantear esas interrelaciones, mejorando la interlocución, revisando el marco normativo o co-participando en iniciativas concretas.

Las áreas urbanas se enfrentan al reto de superar las contradicciones de su anterior modelo de crecimiento, lo que exigirá explorar nuevos caminos que, entre otras cosas, reorienten sus economías, abran nuevas perspectivas y permitan afrontar lo que el escritor griego Petros Márkaris⁶⁴ ha llamado *el tiempo de la desilusión*. Un mejor conocimiento sobre actividades y prácticas como las aquí consideradas, sobre las claves de su localización y su influencia en el entorno, junto a un diagnóstico más fundamentado sobre sus potencialidades y limitaciones para impulsar la resiliencia urbana, puede ser útil como base para un debate social y una acción política orientados a generar cambios en las economías urbanas, en las prácticas de ciudadanía y en la organización interna de nuestras ciudades que apunten en la dirección de hacerlas más justas y habitables.

Bibliografía

ALBERTOS, J.M. y SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, J.L. eds. *Geografía de la crisis económica en España*. Valencia: Universitat de València, 2014.

ALGUACIL, J.; CAMACHO, J. Y HERNÁNDEZ AJA, A. La vulnerabilidad urbana en España. Identificación y evolución de los barrios vulnerables, *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, nº 27, 2014, p. 73-94.

ASKUNZE, C. Más allá del capitalismo: alternativas desde la Economía Solidaria, *Documentación Social*, nº 168, 2013, p. 97-116.

⁶² Miller, 2010

⁶³ North, 2005, p. 222

⁶⁴ Márkaris, 2012

BAUWENS, M. (ed.). *Synthetic overview of the collaborative economy*. P2P Foundation, 2012. <<http://p2p.coop/files/reports/collaborative-economy-2012.pdf>>

BELIL, M. La ciudad, clave del siglo XXI. En M. Belil, J. Borja y M. Corti (eds.) *Ciudades, una ecuación imposible*. Barcelona: Icaria, 2012, p. 11-22.

BLANCO, I.; BRUGUÉ, J. Y CRUZ-GALLACH, H. Resiliencia comunitaria frente a la crisis: innovación social y capacidad cívica en los barrios desfavorecidos, *V Congreso Internacional en Gobierno, Administración y Políticas Públicas (GIGAPP)*. Madrid, 2014.

BOSCHMA, R.A. Proximity and innovation: a critical assessment, *Regional Studies* vol. 39, 2005, p. 31-74.

BRENNER, N. The limits to scale? Methodological reflections on scalar structuration, *Progress in Human Geography*, vol. 25(4), 2001, p. 591-614.

CALLEJÓN, M.E. (coord). Otra economía está en marcha, *Dossieres EsF*, nº 13, Madrid: Economistas sin Fronteras, 2014.

CANAL, R. (ed). *Ciudades y pueblos que puedan durar. Políticas locales para una nueva época*. Barcelona: Icaria, 2013.

CAÑIGUERAL, A. *Vivir mejor con menos. Descubre las ventajas de la nueva economía colaborativa*. Barcelona: Conecta, 2014.

CARDOSO, G. Y JACOBETTY, P. Navegando la crisis: culturas de pertenencia y el cambio social en red. En M. Castells; J. Caraça y G. Cardoso (eds.). *Después de la crisis*. Madrid: Alianza Editorial, 2013, p. 245-285.

CONILL, J.; CÁRDENAS, A.; CASTELLS, M.; HLEBIK, S. y SERVON, L. *Otra vida es posible. Prácticas económicas alternativas durante la crisis*. Barcelona: UOC Ediciones, 2012.

CONILL, J.; CASTELLS, M.; CÁRDENAS, A. y SERVON, L. Más allá de la crisis: la aparición de prácticas económicas alternativas. En M. Castells; J. Caraça y G. Cardoso (eds.). *Después de la crisis*. Madrid: Alianza Editorial, 2013, p. 287-332.

CORAGGIO, J.L. *Economía popular urbana: una nueva perspectiva para el desarrollo local*, San Miguel: Universidad Nacional General Sarmiento, Instituto del Conurbano, 1998.

CRESPO, B. y SABIN, F. Los mercados sociales. La economía solidaria en acción transformadora, *Documentación Social*, nº 174, 2014, p. 95-116.

DREWE, P.; KLEIN, J.L. y HULSBERGEN, E. (dir). *The challenge of social innovation in urban revitalization*. Amsterdam: Techne Press, 2008.

DUMÉNIL, G. y LÉVY, D. *La crisis del neoliberalismo*. Madrid: Lengua de Trapo, 2014.

ERVING, E.E. The sharing economy : exploring the intersection of collaborative consumption and capitalism, *Scripps Senior Theses*, Paper 409, 2014. <http://scholarship.claremont.edu/scripps_theses/409/>

ETXEZARRETA, M. Reflexionando sobre las alternativas,. *Dossieres EsF*, nº 13, Madrid: Economistas sin Fronteras, 2014, p. 11-14.

FAVREAU, L. *L'économie sociale et solidaire: pôle éthique de la mondialisation?* París: UNESCO, 2003.

FERNÁNDEZ, G. Parámetros alternativos para una economía emancipadora, *Dossier EsF*, Economistas sin Fronteras, nº 13, 2014, p. 6-10.

FERNÁNDEZ CASADEVANTE, J.L. Experimentar otras economías. Una panorámica de las prácticas alternativas de consumo, *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, nº 121, 2013, p. 169-182. <http://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/revista_papeles/121/Experimentar_otras_economias_J_L_Fernandez_Casadevante.pdf>

FOLKE, C. Resilience : the emergence of a perspective for socio-ecological systems analyses, *Global Environmental Change*, vol. 16, nº 3, 2006, p. 253-267.

FONTAN, J-M.; KLEIN, J.L. y TREMBLAY, D. *Innovation socioterritoriale et reconversion économique: le cas de Montréal*. Quebec: Presses Universitaires du Québec, 2005..

FORÉS, A. y GRANÉ, J. *La resiliencia. Crecer desde la adversidad*. Barcelona: Plataforma Editorial, 2010, 2ª edición.

GARCÍA JANÉ, J. Economía solidaria: otra economía para otro desarrollo. En *Retos y futuro del desarrollo económico local*. Madrid: Red de Entidades para el Desarrollo Local (REDEL), 2013, p. 185-194.

GIBSON-GRAHAM, J.K. Diverse economies: performative practices for other worlds, *Progress in Human Geography*, vol. 32(5), 2008, p. 613-632.

GILLY, P. y TORRE, A. (dirs). *Dynamiques de proximité*. París: L'Harmattan, 2000.

GOLD, L. *The sharing economy: solidarity networks, transforming globalisation*. Londres: Ashgate Publishing, 2004.

GUMUCHIAN, H.; GRASSET, E.; LAJARGE, R. y ROUX, E. *Les acteurs, ces oubliés du territoire*. París: Anthropos, 2003.

GURIDI, L. y PÉREZ DE MENDIGUREN, J.C. *La dimensión económica del Desarrollo Humano Local: la economía social y solidaria*. Bilbao: Universidad del País Vasco-Hegoa, 2014.

HARVEY, D. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2007.

HARVEY, D. *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, 2013.

HASSINK, R. Regional resilience: a promising concept to explain differences in regional economic adaptability?, *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, nº 3, 2010, p. 45-58.

HEALEY, S. Economies, Alternative. En R. Kitchin y N. Thrif (eds.). *International Encyclopedia of Human Geography*. vol I. Amsterdam: Elsevier, 2009, p. 338-344.

HOLLING, C. Resilience and stability of ecological systems, *Annual Review of Ecology & Systematics*, nº 4, 1973, p. 1-23.

JANOSCHKA, M. y MATEOS, E. Agrietar el capitalismo mediante actos de ciudadanía y el recurso a políticas de lugar: geografías de la ‘spanish revolution’, *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, vol. 14, nº 1, 2015, p. 75-89. <<http://ojs.unbc.ca/index.php/acme/article/view/1140/908>>

JOHN, N.A. Sharing, collaborative consumption and Web 2.0. *Media@LSE Electronic Working Papers*, nº 26, 2013, p. 1-19. <<http://www.lse.ac.uk/media@lse>>

KLEIN, J.L. y ROY, M. *Pour une nouvelle mondialisation. Le défi d'innover*. Quebec: Presses de l'Université du Québec, 2013.

LANG, P. *LETS Work: Rebuilding the Local Economy*. Bristol: Grover Books, 1994.

LATOUCHE, S. y HARPAGÉS, D. *La hora del decrecimiento* Barcelona: Ediciones Octaedro, 2011.

LAVAL, C. y DARDOT, P. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa, 2013.

LAVILLE, J.-L. (dir). *L'économie solidaire. Une perspective internationale*. París: Hachette, 2007.

LAVILLE, J.-L. y GARCÍA JANÉ, J. *Crisis capitalista y economía solidaria*. Barcelona: Icaria, 2010.

LEYSHON, A.; LEE, R. y WILLIAMS, C. (eds). *Alternative economic spaces*. Londres: Sage, 2003.

LOH, P. y SHEAR, B. Solidarity economy and community development: emerging cases in three Massachusetts cities, *Community Development*, 2015, p. 1-19.

LÓPEZ CÓRDOVA, D. y MARAÑÓN, B. *Racionalidades y prácticas socioproductivas alternativas para el Buen Vivir*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

LLOBERA, F. Transiciones ecológicas y desarrollo local. En *Retos y futuro del desarrollo económico local*. Madrid: Red de Entidades para el Desarrollo Local (REDEL), 2013, p. 171-183.

MALPAS, J. Pensar topográficamente: lugar, espacio y geografía, *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, vol. 61, nº 2, 2015, p. 199-229.

MÁRKARIS, P. *La espada de Damocles*. Barcelona: Tusquets, 2012.

MARTIN, R. Regional economic resilience, hysteresis and recessionary shocks, *Journal of Economic Geography*, vol. 12(1), 2012, p. 1-32.

MÉNDEZ, R. Ciudades y metáforas: sobre el concepto de resiliencia urbana, *Ciudad y Territorio Estudios Territoriales*, XLIV, 172, 2012, p. 215-231.

MÉNDEZ, R.; ABAD, L. y ECHAVES, C. *Atlas de la crisis. Impactos socioeconómicos y territorios vulnerables en España*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2015.

MICHELETTI, M. *Political Virtue and Shopping: Individuals, Consumerism, and Collective Action*. Nueva York: Palgrave, 2009.

MILLER, E. Solidarity economics. Strategies for building new economies from the bottom-up and the inside-out, *Grassroots Economic Organizing (GEO) Collective*, 2005.

MILLER, E. Solidarity economy : key concepts and issues. En E. Kawano, T. Masterson y J. Teller-Ellsberg (eds.). *Solidarity Economy I : Building alternatives for people and planet*. Amherst: Center for Population Economics, 2010.

MOULAERT, F.; MARTINELLI, F.; SWYNGEDOUW, E. y GONZÁLEZ, S. eds. *Can neighbourhoods save the city? Community development and social innovation*. Londres: Routledge, 2010.

MOULAERT, F. y SEKIA, F. Territorial innovation models: a critical survey, *Regional Studies*, vol. 37(3), 2003, p. 289-302.

NORTH, P. Scaling alternative economic practices? Some lessons from alternative currencies, *Transactions of the Institute of British Geographers*, nº 30, 2005, p. 221-233.

OOSTERLYNCK, S. *et al.* The butterfly and the elephant: local social innovation, the welfare state and new poverty dynamics, *Improve Working Papers*, nº 13/3, 2013, Universidad de Amberes.

PACIONE, M. Local Exchange Trade Systems as a Response to the Globalisation of Capitalism, *Urban Studies*, vol. 34, nº 8, 1997. p. 1179-1199.

PADDEU, F. Faire face à la crise économique à Detroit: les pratiques alternatives au service d'une résilience urbaine? *L'Information Géographique*, vol. 76, nº 4, 2012, p. 119-139.

PECQUEUR, B. y ZIMMERMANN, J-B. (dirs). *Économie de proximités*. París: Hermès, 2004.

PELLING, M. *The vulnerability of cities: natural disasters and social resilience*. Londre:, Earthscan, 2003.

PÉREZ DE MENDIGUREN, J.C.; ETXEZARRETA, E. y GURIDI, L. De qué hablamos cuando hablamos de economía social y solidaria, XI Jornadas de Economía Crítica, 2008 <<http://asocam.org/biblioteca/items/show/209>>

POLANYI, K. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1989.

PIKE, A.; DAWLEY, S. y TOMANEY, J. Resilience, adaptation and adaptability, *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, nº 3, 2010, p. 59-70.

RAZETO, L. *Los caminos de la economía de solidaridad*. Buenos Aires: Ediciones Lumen-Humanitas, 1997.

SACK, R.D. *Homo Geographicus. A framework for action, awareness and moral concern*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1997.

SALOM, J. y ALBERTOS, J.M. (eds). *Redes socioinstitucionales, estrategias de innovación y desarrollo territorial en España*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2009.

SCHOR, J. Debating the sharing economy. Great Transition Initiative, october 2014, <<http://greattransition.org/publication/debating-the-sharing-economy>>

SCHOR, J. Consumo colaborativo: una introducción. En C. Valor (edit.) 'Economía en colaboración'. Economistas sin Fronteras, *Dossiers EsF*, nº 12, 2014, p. 7-10.

SEQUERA, J. Gentrificación en el centro histórico de Madrid: el caso de Lavapiés. En R. Hidalgo y M. Janoschka (eds). *La ciudad neoliberal. Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid*. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2013, p. 233-255.

SOJA, E. *En busca de la justicia espacial*. Valencia: Tirant lo Blanch, 2015.

STENGERS, I. *D'une science à l'autre: des concepts nomades*. París, Le Seuil, 1987..

SUBIRATS, J. *Otra sociedad, ¿otra política? Del "no nos representan" a la democracia de lo común*. Barcelona: Icaria, 2011.

UBASART, G. Redes de intercambio y acción pública: el caso de Barcelona. En R. Canal (ed). *Ciudades y pueblos que puedan durar. Políticas locales para una nueva época*. Barcelona: Icaria, 2013, p. 137-143.

VALOR, C. (ed). 'Economía en colaboración'. Economistas sin Fronteras, *Dossiers EsF*, nº 12, 2014.

WEICHSELGARTNER, J. y KELMAN, I. Geographies of resilience: challenges and opportunities of a descriptive concept, *Progress in Human Geography*, vol. 39(3), 2014, p. 249-267.

© Copyright Ricardo Méndez, 2015

© Copyright *Biblio 3W*, 2015.

Ficha bibliográfica:

MÉNDEZ, Ricardo. Redes de colaboración y economía alternativa para la resiliencia urbana: una agenda de investigación. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. [En línea]. Barcelona: Universidad de Barcelona, 25 de noviembre de 2015, Vol. XX, nº 1.139. <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-1139.pdf>>. [ISSN 1138-9796].